

La ciudad y las estrategias socioespaciales

FRANÇOIS TOMAS

TRATAR DE ENTENDER A LA CIUDAD mediante las estrategias socioespaciales es admitir que los actores sociales actúan en función de estrategias concertadas que determinan en gran parte su producción y su funcionamiento, lo que por supuesto no implica determinar *a priori* las influencias que la ciudad misma pueda tener sobre el comportamiento de los actores sociales. Sin embargo, antes de analizar esas estrategias y subrayar el interés que tienen para el conocimiento de la ciudad, debo hacer tres puntualizaciones:

1) en la investigación sobre el espacio geográfico, creo que, incluso admitiendo el interés de las estructuras y de las formas (los paisajes), se debe dar la prioridad a los actores sociales, aplicando los enfoques de los materialistas, fenomenólogos y promotores de la nueva geografía social francesa. Como lo demostró Guy di Méo, el hecho de ser dialéctico no prohíbe en absoluto recurrir a otras herramientas intelectuales.¹ Acaso Louis Althusser, de quien no puede decirse que usara el *bricolage* ideológico, ¿no recurrió a Gaston Bachelard en lo que concierne el concepto de corte epistemológico para renovar el conocimiento del pensamiento marxista?

2) la ciudad no es más que uno de los mosaicos espaciales sobre los cuales intervienen dialécticamente las estrategias de los actores sociales pero en una sociedad donde pasamos de una urbanización puntual —un archipiélago de ciudades en un mar de ruralidad— a una urbanización generalizada;

3) las estrategias de los actores sociales actúan sobre y en la ciudad a todas las escalas, del conjunto planetario al nivel local. No obstante, restringiré mi análisis a los espacios intraurbanos, cuyas diferenciaciones deben tomarse en cuenta tanto subjetiva como objetivamente.

Al fin y al cabo la cuestión se presentará en los términos siguientes: ¿cómo producen las estrategias de los actores sociales formas urbanas, las diferencian, las hacen evolucionar, cómo, de manera aún más general, nos permiten comprender las características del espacio urbano, cualquiera que sea su orden o desorden aparente? Pero, para captar la lógica de esa producción de la ciudad, tenemos que empezar por precisar algunas definiciones.

¹ Guy Di Méo, "L'homme, la société, l'espace", París, *Anthropos*, 1991.

I. SOBRE ALGUNAS DEFINICIONES

En todas las sociedades contemporáneas la ciudad puede considerarse como un actor social en sí mismo; pero nuestro propósito será sobre todo entender las relaciones que se establecen entre la ciudad y los diferentes actores que se desempeñan en su seno. Muy a menudo se define a esos actores como un grupo de personas reunidas por una característica común, cuando ese lazo los conduce a cambiar el proceso de producción o el funcionamiento de la ciudad.

Si seguimos los esquemas clásicos, dichos actores pueden agruparse de la siguiente manera: en primer lugar, clase social y actividad económica en la medida en que constituyeron en la ciudad industrial criterios determinantes de diferenciación espacial. Son estos criterios a los cuales hay que añadir los de pertenencia racial, étnica o nacional, que exploraban los investigadores de la Escuela de Chicago, y que en 1925 permitieron a E. W. Burgess proponer con éxito su modelo de distribución en esferas de los hombres y de las actividades en la gran ciudad estadounidense.²

Según las épocas y los lugares, unas u otras pertenencias, a veces relacionadas entre sí, llegan a ser las determinantes fundamentales de las diferenciaciones espaciales. Pero, si la segregación social prevaleciente no se reivindica sino de manera explícita, no pasa lo mismo con la segregación étnica o religiosa, como sucede claramente en situaciones de crisis aguda como en Bosnia-Herzegovina, donde el proceso de eliminación del rival aflige ciudades enteras: Tuzla, Mostar o Vitez... hasta aniquilar (el caso de Cartago y de todas las ciudades mártires desde entonces) el ambiente enemigo y permitir un renacimiento que legitime una forma completamente renovada. Vokovar —que algunos reconstruirían con gusto en un estilo bizantino-serbio para hacer olvidar las referencias croatas del estilo barroco anterior— es, en ese sentido, sólo el prototipo caricaturesco de un modelo de dominio del espacio por parte de grupos cínico-religiosos. Pero también puede ser el caso, de manera menos directa mas no por ello menos eficaz, en todo espacio donde se viven las condiciones de una confrontación latente y recurrente, como en Londonderry (Irlanda del Norte), ciudad en la que los protestantes constituyen menos de una tercera parte de la población, donde tuvo que transcurrir un cuarto de siglo para que dejaran a los católicos los barrios céntricos del Bogside y se agrupasen del otro lado del río Foyle, en el Waterside.

En los países donde se aplacaron las confrontaciones sociales, raciales, étnicas o religiosas pueden intervenir en las transformaciones espaciales tipos de actores tan segregativos como los del fraccionamiento estadounidense reservado a los jubilados (Sun City), pero generalmente la diversificación es más importante y la agresividad, menos fuerte. Por ende, los contornos socioespaciales son más confusos y su identificación, más difícil.

² Ezra Park R., E. W. Burgess, R. MacKenzie, *The City*, Chicago, University of Chicago Press, 1925.

También tiene que tomarse en cuenta, como elemento complementario de caracterización, la relación que hay o que se establece entre unos actores y ciertos espacios. Es el caso del “efecto del lugar” analizado por Armand Frémont,³ que puede crear en una sociedad por lo demás heterogénea, pero en cuyos elementos de diferenciación no se perciben de manera sobresaliente vínculos de solidaridad que, con motivo del carnaval de Santiago de Cuba, agrupan a los habitantes de un barrio detrás de su orquesta y de sus bailarines o reúne en un mismo fervor a los hinchas de un equipo de fútbol después de haber ganado una copa o un campeonato. Solidaridad de la proximidad espacial que desde luego puede funcionar a varias escalas: barrio, ciudad, región, país... De todos modos, sobre esa solidaridad se apoyan ciertas estrategias de los políticos y son bien conocidas las diversas formas de patriotería y de exclusión que puede provocar.

Esto no impide que el vínculo con un lugar cambie con la escala. Cuando, después de los sismos de septiembre de 1985, un grupo de familias de la calle Lerdo en la colonia Guerrero (Ciudad de México) se reúne para reconstruir su vecindad, lo hace a la escala del espacio vivido diariamente. Se trata de un actor urbano que, según la terminología de Guy Di Méo, podemos calificar de “endógeno”. Las casas construidas por la gente tienen mucho que ver con la vecindad tradicional que desde el siglo pasado los empresarios y los políticos habían asignado a las familias obreras. Pero el grupo mantiene su predilección por ese tipo de vivienda porque la organización de las casas alrededor de un patio permite a las familias mantener sus relaciones de convivencia. Mientras tanto, los promotores internacionales desarrollan su estrategia a una escala continental cuando invierten en centros terciarios integrados como los que planean los dirigentes del Departamento del Distrito Federal en La Alameda o en Santa Fe. Por lo tanto, puede decirse que, al contrario de nuestro pequeño grupo de familias de la colonia Guerrero, esos actores “exógenos” descubren con el proyecto un lugar que su inversión propone transformar, lugar con el cual los vínculos resultarán más superficiales en la medida en que las negociaciones para decidir la inversión se hagan en Nueva York o en otras plazas financieras mundiales.

Si todos los actores urbanos comparten una característica común es en definitiva su heterogeneidad. Lo justifica el hecho de que su individualización depende de muchos criterios de índole diferente, pero también porque cada individuo participa en varios grupos sociales. Cada quien es, efectivamente, residente, usuario de servicios públicos y ejerce un oficio. También puede ser parte de una minoría racial o étnica, militante de un partido político, de un sindicato, de una o de diversas asociaciones culturales o deportivas, adepto de una religión, etcétera. Y todo eso en espacios geográficos y a escalas que no siempre coinciden.

Esta heterogeneidad justifica además que en un mismo grupo social puedan desarrollarse contradicciones entre personas que por lo tanto no pueden ne-

³ A. Frémont, J. Chevalier, R. Héryn, J. Renard, *Géographie sociale*, París, Masson, 1984, pp. 161-182.

cesariamente identificarse como iniciadores de nuevos grupos. De ahí una complejidad que nos permite entender a R. Boudon cuando rechaza una determinación de los actores por su sola pertenencia social.⁴

En la ciudad de Aden, cuando la describió Paul Nizan, la sociedad estaba sobre todo dividida “según los clanes, las religiones, el color de la piel, las naciones, los clubes, las casas de comercio, los regimientos”.⁵ Aun se trataba de una situación excepcionalmente clara, mientras la primera dificultad a la cual muchas veces se enfrenta el investigador es una falta de transparencia y de evidencia de la sociedad y, desde luego, de sus actores sociales. No de manera general para el conjunto de una población en un momento de su historia, lo que Pierre Bourdieu califica de “clases sociales en el papel”,⁶ sino por lo menos de esos grupos que de manera específica y activa transforman el espacio, en el sentido de “clases sociales movilizadas”.

Propondría, como ejemplo, la evolución a lo largo de los años sesenta y setenta de dos barrios situados al margen del centro de la Ciudad de México: los de la Roma al suroeste y el de la Guerrero al noroeste. En la Roma predominaban las casonas particulares a la francesa de principios de siglo, todavía ocupadas por sus propietarios. En la Guerrero, mientras tanto, familias pobres rentaban cuartos “redondos” en vecindades a las que sus propietarios tenían en el olvido, particularmente desde la ley de congelación de rentas de 1942. En la Roma se produjo una transformación progresiva pero espectacular, ya que los *propietarios* eran vendedores y los *promotores* privados, compradores. Ahí construyeron altos edificios de oficinas para venderlos o rentarlos a *empresas* que querían aprovechar la buena imagen que le daba al barrio su carácter burgués e incluso aristocrático. A esos tres actores “movilizados” se podría añadir el Departamento del Distrito Federal (DDF) que admitía esa transformación funcional y formal sin que él mismo la haya planeado.

La Guerrero pertenecía, al contrario, a las tres otras colonias de Tepito, Morelos y La Merced, a lo que el DDF y el gobierno federal habían calificado desde 1952 de “herradura de tugurios” y que se proponían derribar con el objeto de construir alrededor del centro histórico un extenso conjunto de oficinas y viviendas para clases medias. Los poderes públicos proponían esta mutación con el apoyo de los *propietarios* que trataban de expulsar a sus inquilinos, pero nunca despertó el interés de los promotores privados. En cuanto a los *inquilinos*, que a menudo trabajaban también en el mismo barrio como artesanos o comerciantes informales (los mal llamados “ambulantes”), se organizaron en asociaciones de defensa con el apoyo de los partidos políticos de izquierda, algunos sacerdotes, universitarios, artistas y ONGs. En esas condiciones, comprendemos por qué esos barrios lograron mantener una fuerte presencia de familias pobres y un carácter

⁴ R. Boudon, *La logique du social*, París, Hachette, 1979.

⁵ *Aden-Arabie* se publicó por primera vez en 1931, pero la edición más conocida es la de 1960 (François Maspero) con un prefacio de Jean Paul Sartre.

⁶ P. Bourdieu, “Espace social et genèse des classes”, en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, núm. 52-53, París, 1984.

popular que después de los sismos de septiembre de 1985 la reconstrucción confirmó.

Ahora bien, cuando se examinan las obras de los investigadores urbanos (sobre todo las de los sociólogos) durante ese período, uno se da cuenta de que, a diferencia del escritor Carlos Fuentes,⁷ ninguno de ellos se interesó en la profunda mutación que había afectado a la colonia Roma. Todos en cambio tenían los ojos clavados en los barrios de “la herradura de tugurios”, lo que produjo algunos buenos textos de literatura como la monografía de Enrique Valencia sobre *La Merced*⁸ o el famoso y pernicioso estudio de Oscar Lewis sobre *Los hijos de Sánchez*.⁹ Después de eso, prevaleció sobre todo el enfoque marxista de la Escuela de Sociología Urbana de París, y los universitarios contribuyeron a la aparición del fenómeno de “concientización”: la toma de conciencia de que, bajo el amparo de “higienismo” y de modernidad, era en realidad la expulsión de los inquilinos para conducir lucrativas operaciones de promoción inmobiliaria que buscaba el Capitalismo Monopolista de Estado (CME). Pero ninguno de los investigadores se dio cuenta de que el modelo parisino no podía funcionar en “la herradura de tugurios”, ya que los promotores inmobiliarios privados disponían, por otra parte, de territorios bastante amplios y abiertos para desarrollar con más provecho sus estrategias, particularmente en la Roma y en las colonias aledañas.¹⁰

Cualesquiera que sean las discrepancias de interpretación de los acontecimientos que afectan el espacio geográfico, este ejemplo nos enseña que cada uno de los actores ha conducido un conjunto de acciones más o menos coordinado para alcanzar sus objetivos y concretizar un proyecto que correspondía a sus intereses. En la medida en que ese proyecto puede describirse y demostrarse la coordinación de las acciones, cobra pertinencia la noción de estrategia socioespacial, lo que significa que —para evitar la ilusión de estrategias mecánicamente determinadas por la índole social de los grupos de actores— como mejor pueden comprenderse los *objetivos* y el *proyecto* es por su intervención sobre el espacio.

Sin compartir esas preocupaciones metodológicas, ya María Dolores Morales había demostrado esto al analizar las condiciones de surgimiento de los dos barrios antes de finales del siglo XIX.¹¹ La Guerrero fue desde el principio un barrio de vecindades para rentar cuartos a las familias de los trabajadores ferrocarrileros y de los obreros, mientras que en la Roma (como en los otros fraccionamientos trazados a orillas del Paseo de la Reforma), los compradores de los predios

⁷ Cf. “Las Mañanitas”, en *Agua quemada*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

⁸ E. Valencia, *La Merced (estudio ecológico y social de una zona de la Ciudad de México)*, México, INAH, 1965.

⁹ Publicado primero por O. Lewis en 1961 con el título *The Children of Sanchez*.

¹⁰ Tesis que desarrollé en el coloquio “Conflictos y estrategias socioespaciales frente a las transformaciones de los centros urbanos” (México, julio de 1987). Cf. René Coulomb y Emilio Duhau (coords.), *La ciudad y sus actores*, México, UAM/IFAL, 1988, y François Tomas, “Quartiers centraux et stratégies socio-spatiales a México”, en *Revue de Géographie de Lyon*, núm. 1, 1988.

¹¹ M. D. Morales, “Estructuras urbanas y distribución de la propiedad de la Ciudad de México en 1813”, en *Ciudad de México. Ensayo de construcción de una historia*, México, INAH, 1978.

fueron quienes construyeron centenas de casonas particulares de estilo neoclásico para sus propias familias. Se trata de dos estrategias que corresponden a dos proyectos y que produjeron dos “clases socioespaciales” en el sentido de Alain Reynaud.¹² Los dos barrios se mantuvieron sin modificaciones notables durante toda la primera mitad del siglo XX y hasta principios de los sesenta cuando, como acabo de señalarlo, nuevas estrategias de actores urbanos intentaron remodelarlos.

II. LA CIUDAD Y LAS ESTRATEGIAS SOCIOESPACIALES

Evidentemente, no podía plantearse el problema de las definiciones sin enfocarse ya en unas características fundamentales de las estrategias socioespaciales en medio urbano. Por otra parte, el uso que se ha hecho de éstas en diversas publicaciones (aun cuando el concepto de estrategia socioespacial no estaba formalizado específicamente y se trataba sobre todo de la individualización de actores sociales y transformaciones espaciales) permite ya entender en qué resulta irremplazable su eficacia dentro del conocimiento del espacio geográfico. Lo que nos importa aquí es no sólo profundizar su estudio, sino mostrar cómo puede este concepto constituir el pivote de un método de análisis de la producción de las formas urbanas y del funcionamiento de la ciudad, completando los que los geógrafos acostumbran usar, incluso los que más recientemente propusieran Alain Reynaud y Guy Di Méo.

1. Afirmer que las estrategias socioespaciales transforman selectivamente el espacio urbano suena casi como evidencia, aunque a menudo se limita al cliché demasiado sencillo de la ciudad dual. Es cierto que los grupos dominantes casi siempre han podido escoger el territorio de su intervención y moldearlo a su imagen; empero, puesto que el paisaje urbano descrito por Friedrich Engels en Manchester (Inglaterra) difiere sensiblemente del de Saint-Etienne (Francia) —el cual, no obstante, había sido producido por la misma lógica social— no queda más que recurrir ineludiblemente a elementos complementarios de explicación.

Se sabe, por otra parte, que esta segregación también puede resultar o ser perfecta debido a una de esas múltiples expulsiones de familias cuyo pecado a veces sólo consiste en ocupar un espacio codiciado; sobre todo cuando, como bellamente se ha escrito en ciertos informes de urbanismo, el valor del suelo y la ocupación que va a dársele no coinciden. Aun en tiempos de paz, esta inadecuación (*sic*) ha podido justificar una limpieza tan extensiva como la que se llevó a efecto entre 1982 y 1983 y de la que surgió la dictadura de Pinochet en colaboración con el alcalde de Santiago de Chile. Se hizo creer a 2 403 familias, las cuales vivían en 14 campamentos ubicados dentro de la ciudad, que su situación iba a ser regularizada; pero sólo 144 de ellas vieron cumplida esa promesa. Todas las demás fueron transferidas masivamente a un suburbio alejado

¹² A. Reynaud, *Le concept de classe socio-spatiale*, Travaux de L'Institut de Géographie de Reims, núm. 38, 1979.

y mal equipado. Hasta entonces no se trataba sino de una muestra más evidente de una amplia operación de “regularización” de la situación de las familias que, como en la mayor parte de América Latina, ocupaban un predio sin título de propiedad con mayor frecuencia en la periferia urbana. A las 2 403 familias que se encontraban en este caso en Santiago mismo se agregaban casi 63 000, entre las cuales menos de 30 000 fueron mantenidas en su lugar, en los municipios suburbanos de la zona metropolitana. Cuando se quiere averiguar quién intervino en esta operación de redistribución de las familias modestas en el espacio urbano, se encuentra por supuesto al gobierno militar y a la municipalidad, ya mencionados, pero también al ejército y a todos los organismos que, en Chile, eran apoyados por la burguesía favorable al golpe de Estado: el cuerpo de bomberos, la Cruz Roja y varias asociaciones de carácter caricativo. Las familias sufrieron más presión para llevar a cabo esta mudanza al mismo tiempo que los antiguos vecinos eran sistemáticamente dispersados.¹³

Una ciudad no puede limitarse a una dualidad de territorios: los de los dominantes y los de los dominados, los de los ricos y los de los pobres. En México mismo, donde los investigadores analizaron sobre todo los barrios populares del centro o de las periferias, desde hace medio siglo las colonias de las clases medias se han multiplicado (ya sea en el centro-sur, de la Doctores a Copilco, pasando por El Valle; en el norte, más allá de la colonia Guerrero a Azcapotzalco o de la Basílica de Guadalupe al aeropuerto, para referirnos sólo a algunos conjuntos habitacionales) son las que desde ahora cubren el mayor espacio dentro del Distrito Federal.

Esta diversidad se acrecienta también en los casos de mezcla social, mucho menos escasos de lo que haría creer el escaso interés que han suscitado entre los investigadores. Una mezcla que, por cierto, la gente no busca, pero que puede resultar del encuentro en un lugar dado de estrategias de índole distinta o que varían en el tiempo. Se trata, de alguna manera, de un fenómeno de convergencia cuya duración puede ser breve. Tenemos un buen ejemplo en la colonia Roma, donde los efectos de la crisis económica, aunados al terremoto de 1985, trajeron consigo un principio de proletarización de ciertos edificios, o aun grupos de edificios; al mismo tiempo, subsisten algunas bellas casonas particulares y altos edificios de oficinas o viviendas (devaluados pero aún ocupados por sus propietarios).

Me refiero a todos los lugares donde el tiempo parece suspendido, donde supuestamente nada ocurre, no porque los actores urbanos se contenten con administrar formas urbanas heredadas, sino al contrario, porque llegan a neutralizarse momentáneamente en las situaciones contradictorias que están en juego. Es el caso del oeste del centro histórico de México en una decena de manzanas alrededor del sur del parque de La Alameda, donde, nueve años después del sismo de 1985, asociaciones de residentes y comerciantes se oponen al

¹³ I. Bonilla, A. M. Icaza, M. Mayo, A. Rodríguez, “El caso de Santiago de Chile”, presentado en el coloquio “El acceso de los pobres al suelo urbano”, organizado por Alain Durand-Lasserve en México (febrero de 1993).

grandioso proyecto que los poderes públicos desean realizar con la participación de financieros internacionales (Reichmann, Soros) y una pléyade de arquitectos de prestigio, desde el mexicano Ricardo Legorreta hasta el italiano Aldo Rossi, pasando por el estadounidense David Childs y el japonés Arato Isosaki.

2. A menudo las estrategias de los actores urbanos se expresan mediante modelos de acondicionamiento espacial más o menos explícitos y previos. Esto fue particularmente evidente en todas las civilizaciones en donde la ciudad tuvo su origen en la religión y debía entonces no sólo alojar los lugares de culto, sino también responder a ciertas reglas formales. Como nos lo recuerdan Pierre Lavedan, y Jeanne Huguency,¹⁴ varios textos latinos, en particular los de Varrón y Frontin, nos permiten entender la importancia que habían cobrado para los romanos los ritos etruscos de la *limitatio* de una ciudad con sus puertas, y de la *orientatio* según el principio del *decumanus* (a veces determinado por el punto del horizonte donde había salido el sol el *dies natalis*, día de la fundación), de sus calles paralelas y de las vías perpendiculares, el *cardo* y otros *cardines*. El trazado de tablero de ajedrez que podía ser perfecto cuando se trataba de una creación *ex nihilo*, como en Turín; pero el cuadrículado podía haber perdurado sólo en parte como una ciudad que, anterior a la conquista romana, había escapado a la suerte de Cartago o Numancia: tal fue el caso del trío nómada de Khemisa, Mdauruch y Annuna, en las tierras interiores de Hipona, la cual se había beneficiado del mismo trato a pesar de su pasado fenicio.

En cierta medida, puede decirse lo mismo de la mayor parte de las ciudades de colonización, sobre todo a partir del siglo XVI, pese a que a partir de entonces las referencias culturales predominan sobre las religiosas. Aun antes de las Leyes de Indias, que en 1573 codifican las reglas de acondicionamiento de una ciudad a los españoles se debe la serie más impresionante de creaciones “que reproducen meticulosamente en México y en Perú los paisajes urbanos de Andalucía y Extremadura”.¹⁵ En la misma obra reciente de donde fueron sacadas estas líneas, Leonardo Benevolo nos recuerda además que “Batavia, la capital de las Indias Holandesas, fue edificada según el modelo de Delft, con una red de canales navegables y de andenes”, y que el gobernador Lenoir amplió Pondichery con “avenidas rectilíneas y rotondas a la francesa que comunicaban con las manufacturas y los pueblos de los pantanos cercanos”.

Sin embargo, tanto en Asia como en las orillas mediterráneas de África, los modelos traídos por los colonizadores no sustituyeron a las ciudades existentes, más bien se yuxtapusieron a ellas, lo cual dio origen (desde Shangai hasta Argel, pasando por Túnez) a un nuevo tipo de ciudad dual. En este dominio mediterráneo la ubicación colonial reciente había podido tomar los atractivos de un regreso a la civilización (*sic*) en la medida en que —a diferencia de los artesanos de la Reconquista— se despreciaban las formas urbanas heredadas de las ciudades musulmanas. Así es como el trazado en forma de ajedrez que presenta

¹⁴ P. Lavedan, J. Huguency, *Histoire de l'urbanisme*. Antiquité, 2a. ed., París, H. Laurens, 1966.

¹⁵ L. Benevolo, *La ville et l'histoire européenne*, París, Le Seuil, 1993.

Guelma (Argelia) reproduce el de la Calama romana, mientras que al lado de las medinas de Túnez o Bona (actualmente Annaba), la geometría de los nuevos centros de ciudades parece querer recordar la perennidad o por lo menos la recurrencia de las formas urbanas coloniales. Ciudades de alguna manera palimpsestas, cuya memoria se inscribe en los trazos, la arquitectura, las ruinas transformadas en adorno...

Durante la segunda mitad del siglo XIX, aparecieron y proliferaron en Europa dos modelos, notablemente menos dramáticos, de formas urbanas: el de la estación balnearia al que me referiré más adelante, y el de la trilogía industrial de la fábrica, el castillo y la ciudad obrera. Después de abandonar el modelo apenas esbozado de la vivienda obrera —cuyo famoso Familistero de Guisa (Francia), debido al industrial Godin, sigue siendo una especie de apogeo y prototipo— era, en efecto, el ejemplo del chocolatero Ménier con (cerca de su fábrica-catedral de Noisiel) su castillo y una ciudad obrera que debía expandirse por toda Europa. En Francia el modelo estuvo en boga hasta vísperas de la primera guerra mundial, aunque las estrategias convergentes —pero por motivos opuestos— del patronato, de los sindicatos obreros y de los partidos políticos hayan llevado a los poderes públicos, desde antes de finales de siglo, a emprender, con la aprobación de la Iglesia a partir de la encíclica *Rerum Novarum*, la vivienda obrera: es el sentido de la ley Siegfried de 1894 y de todas las que más tarde debían permitir el desarrollo de los HBM (vivienda a buen precio) y, luego, de los HLM (vivienda con alquiler moderado).

Con el auge del urbanismo como ciencia del acondicionamiento urbano, sobre todo durante los “treinta años gloriosos” que siguieron a la segunda guerra mundial, se sistematizó la aplicación de modelos. Es el período de intervención masiva de los bancos, en colaboración con los poderes públicos, en operaciones zonificadas cada vez más amplias: grandes conjuntos de viviendas y otros centros habitacionales (según el modelo estadounidense del Central Business District); sin olvidar las grandes operaciones de urbanización con sus ciudades nuevas o sus estaciones turísticas, etcétera. Esta acción convergente de los poderes públicos (tanto a nivel de Estado como de municipalidades), de los industriales del BTP (Vivienda y Obras Públicas) y de los grupos bancarios, se encuentra en el origen del concepto de Capitalismo Monopolista de Estado (CME) desarrollado desde finales de los años sesenta por los sociólogos marxistas pertenecientes a lo que se ha llamado la Escuela de Sociología Urbana de París. Es bien conocido el papel determinante que han desempeñado los análisis de esos investigadores en el desarrollo de los movimientos urbano-populares de los años setenta tanto en Europa como en América, en el sur como en el norte.

3. Lo que menos se ha hecho notar, y por lo tanto se ha estudiado poco, es que los modelos de acondicionamiento siempre se concretizaban por formas urbanas. Primero porque los sociólogos, los historiadores y los geógrafos casi no se interesaban en ello; luego porque los historiadores del arte, la arquitectura o el urbanismo se han dedicado más al estudio de los tipos, estilos o planos que a las estrategias sociales que los produjeron. Sin embargo, los trabajos de estos últimos

pueden considerarse como pioneros al abrir vías de investigación que no sólo renovaron los estudios urbanos, sino también permitieron nutrir la reflexión sobre una alternativa a un urbanismo funcionalista que estaba hundiéndose con la crisis de mediados de los años setenta.

La forma urbana es, por supuesto, el urbanismo de losa o las torres y las barras tanto de las unidades habitacionales como de los grandes conjuntos de viviendas sociales. No obstante, sería caer en la caricaturización reducir la modernidad arquitectónica y urbana a una separación de los modos de desplazamiento o a una simple yuxtaposición de cubos. Primero porque el paso *de l'îlot à la barre*¹⁶ se hizo según modalidades muy diversas que produjeron secciones de ciudad muy diferentes. Luego porque la historia de la modernidad es rica en propuestas originales que van desde los *siedlungen* y *höfe* de Viena hasta los rascacielos de Villeurbanne. Si, más allá de la segunda guerra mundial, esta modernidad hubiera perdido su carácter de vanguardia para volverse un estilo oficial, no pueden pasarse por alto algunas operaciones excepcionales, desde La Villeneuve de Grenoble hasta las estrellas de Jean Renaudie en Givors (Francia), que muestran que el carácter triste y repetitivo del estilo internacional no era inevitable.

Para otros períodos históricos y varias zonas geográficas podrían multiplicarse los ejemplos de formas urbanas producidas por los actores urbanos y proponer algunas grandes categorías de paisajes; la ciudad gótica, barroca o neoclásica, la ciudad musulmana o japonesa, etcétera. Sin embargo, aunque se trataría entonces de otro tema, no debe olvidarse el papel que tuvieron los actores urbanos en la degradación hasta la destrucción de las formas heredadas de la historia.

Incluso en tiempos de paz, como fue el caso en Europa y en América Latina durante los años cincuenta y sesenta, los barrios antiguos (por lo menos a los que no se reconocía un valor patrimonial) han sido abandonados al deterioro, haciéndolos tipos de reservas para futuras operaciones de renovación-*bulldozer*. Sin embargo, en tiempos de crisis o de guerra, cuántos barrios o ciudades fueron destruidos y reconstruidos incluso en varias ocasiones, particularmente en el contorno del Mar Mediterráneo. Ahora bien, si nos detenemos sobre algunos de estos casos, desde Cartago-Túnez hasta Entremont-Aix-en-Provence, al igual que Tenochtitlán-México nos damos cuenta de que —como sucede hoy en día en la ex Yugoslavia— no es sólo la población a la que desplazan o a la que se esfuerzan en cambiar, sino a la forma, y a veces es al sitio al que modifican; tanto es así que en ellos se cristalizan imágenes y símbolos referentes a la identidad misma de las comunidades humanas.

4. La forma urbana da una importancia cada vez mayor y explícita a la imagen en las estrategias espaciales de los actores sociales. Lo cual, por cierto, no es nuevo. Como lo ha mostrado G. Labrot, la reconstrucción monumental de Roma, en los siglos XVII y XVIII obedeció a una estrategia de imagen para combatir la

¹⁶ J. Castex, J. C. Depaule y P. Panerai, *Forme urbaine: de l'îlot à la barre*, París, Dunod, 1977.

Reforma.¹⁷ Durante la segunda mitad del siglo XIX, el éxito de las ciudades termales o balnearias, que se volvieron (gracias al ferrocarril) los complementos necesarios para cualquier ciudad grande de Europa, condujeron a la sociedad burguesa a elaborar una estrategia compleja fundamentada en la imagen y la forma, movilizand o a muchos actores. Muy a menudo el sitio era descubierto por un artista o un escritor cuyos textos o cuadros eran valorados; luego llegaba el tiempo de los financieros que traían, como lo mostró de excelente manera Dominique Rouillard,¹⁸ los elementos mínimos de acondicionamiento que permitían la promoción de una estación: el centro de baños, el gran hotel, el paseo, un fraccionamiento con las primeras quintas. El carácter único del lugar y la calidad de la forma urbana, a la cual contribuía la originalidad de una arquitectura abierta a todos los estilos —desde el regionalismo hasta el exotismo— en el tiempo y el espacio, se volví an desde entonces fundamentales.

En todo caso es una estrategia de imagen de la misma índole que otorga un amplio espacio a la arquitectura y a la forma urbanas para promover un paisaje-mercancía, a la cual se recurrió para promover la mayor parte de las nuevas estaciones turísticas desde los años sesenta de nuestro siglo. Además, eso nos permite comprobar que el triunfo de la modernidad —que desde el principio de los años cincuenta parecía marcar no sólo el fin de la crisis del alojamiento y del hábitat vetusto y sin comodidades, sino también la entrada a un mundo nuevo— provenía de una falsa apariencia. Ciertamente, su imagen había sido valorada por una parte de las clases medias en plena expansión; pero su institucionalización, por los poderes públicos, luego su desvirtuación por promotores tanto públicos como privados y por las empresas constructoras, redujeron rápidamente su atractivo. En Francia, al lado de los cubos de la estación de Leucatte y de las pirámides de La Grande Motte, Gruissan (con sus bóvedas semicilí ndricas) trata de integrarse en la tradición catalana, y Le Cap d'Agde hasta se procuró un decorado de teatro seudomediterráneo.

En Estados Unidos (donde los Gropius, Mies Van Der Rohe y otros Breuer pudieron mostrar al fin su talento junto a una producción masivamente mediocre) antes de finales de los años cincuenta unos promotores habían rehabilitado la fábrica Ghirardelli en San Francisco, utilizando la imagen opuesta al patrimonio histórico para garantizar el éxito de un centro comercial. En esto puede verse un prelude del espectacular movimiento de rehabilitación de los baldíos industriales que se desarrolló en Europa desde finales de los años setenta, dando a menudo a la forma arquitectónica y a su imagen el papel preponderante. En casos como los de la fábrica Manufrance en Saint-Etienne o de la Grande Halle del arquitecto Tony Garnier en Lyon, también la percepción de la forma determinó el programa funcional, en la medida en que los poderes públicos se interrogaron sobre la elección de una función digna de una forma de esta calidad para prolongarle una existencia que no fuera estrictamente museográfica. Se sabe

¹⁷ G. Labrot, *L'image de Rome, une arme pour la Contre-Réforme (1534-1677)*, Seyssel, Champ Vallon, 1988

¹⁸ D. Rouillard, *Le site balnéaire*, Bruselas, Mardaga, 1987.

además que, contrariamente a uno de los principios fundamentales de la arquitectura moderna, *la función obedece a la forma*.

No obstante, estos ejemplos muestran ya que la imagen de una forma arquitectónica o urbana puede ir mucho más allá de la simple herramienta de la especulación inmobiliaria o de la manipulación política. Constituye también una de las bases de la identificación de los grupos sociales con los lugares donde viven. En el caso de la colonia Tepito, amenazada de destrucción en los años setenta por los poderes públicos y los propietarios de las vecindades, el muralismo sobre las fachadas de los edificios ha sido integrado en la estrategia de lucha desarrollada por los habitantes. Prolongando la tradición revolucionaria de Rivera, Orozco y Siqueiros, las fuertes composiciones de Daniel Manrique transformaban un barrio de tugurios en un hogar de arte popular, en una obra de arte intocable. Además, de esta reflexión sobre la identificación cultural entre un grupo social y su espacio, nació, en colaboración con los arquitectos de la UNAM, un proyecto urbano alternativo que obtuvo el primer premio en el Congreso Internacional de Arquitectura que tuvo lugar en Varsovia en 1981.

5. La percepción que del espacio y de sus intereses espaciales tienen los actores urbanos sigue siendo un problema mal conocido. Después de muchos debates, entre los cuales algunos perjudicaron la credibilidad de una sociología marxista vuelta parcialmente estructuralista, lo que hoy en día casi todos los investigadores parecen reconocer es que no hay ninguna relación directa entre un actor social y su percepción de la realidad espacial. Recientemente, J. C. Boyer, J. F. Deneux y P. Merlin incluso mostraron que no había relación directa entre la clase obrera y el voto en favor de la izquierda.¹⁹

Aun cuando fuese difícil negar que grupos sociales pueden tener intereses espaciales contradictorios, de hecho son muchos los criterios que entran en su percepción y determinan su acción; empezando por el filtro cultural que puede hacer compartir entre muchos actores urbanos un modelo que no le sirve más que a uno de ellos. Creo —aun a sabiendas de que mi opinión será refutada— que es el caso del proyecto de Ciudad Olímpica en Barcelona, del cual hablaré más adelante.

La imposición de un modelo cultural incluso hizo que ciertos actores urbanos adoptaran estrategias contrarias a sus intereses. Es lo que nos enseña el ejemplo de la burguesía (que, desde la Independencia, controlaba a la Ciudad de México) cuando en 1842 cometió el error de adoptar un plano elaborado en 1794 por el arquitecto Ignacio Castera. Ahora bien, la característica fundamental de este plano había sido exaltar el poder de los Borbones mediante el dominio total e indiferenciado del espacio urbanizado y presentaba el inconveniente para los nuevos gobernantes de poner trabas a la explotación selectiva y especulativa del espacio; por eso no fue aplicado y cayó casi inmediatamente en desuso. Muy recientemente, después del sismo de septiembre de 1985, cuando el Estado quiso

¹⁹ J. C. Boyer, J. F. Deneux y P. Merlin, "Paris-Île-de-France", en Yves Lacoste (coord.), *Géopolitique de la France*, París, Fayard, 1986, pp. 351-628.

expropiar los edificios dañados de la Roma y Narvarte, los dueños se opusieron vigorosamente, presentándose incluso como los “damnificados del Decreto” después de haberlo sido del terremoto. Los políticos locales tomaron su defensa y lograron ganar el pleito. En un decreto de rectificación, redactado de prisa, el presidente expropió sólo los edificios deteriorados de las colonias populares, que sin embargo habían sufrido mucho menos que los barrios lujosos que bordeaban el centro histórico en el suroeste. Pero ante la psicosis que provocó la fuga de las familias ricas y de las empresas solventes hacia otros barrios menos expuestos a los sismos y a la depreciación del valor del suelo, los propietarios dieron marcha atrás hasta aliarse en septiembre de 1986 con las asociaciones de residentes (animadas por militantes de clases medias pauperizadas por la crisis económica), las cuales exigían una extensión de la expropiación, pero no la consiguieron.²⁰

6. Lo que a muchos investigadores, particularmente a los sociólogos, les cuesta trabajo aceptar es que el ritmo y la especificidad de las acciones sociales sobre el espacio generan una autonomía relativa de las formas urbanas. Ciertamente toda forma urbana sólo tiene valor en la medida en que un actor social la identifique como tal. No obstante, ¡cómo no reconocer que en el futuro de un edificio, de una parte de la ciudad, hasta de una ciudad entera, sus características apreciadas positiva o negativamente son las que pueden determinar en gran parte su desaparición, su degeneración o su reacondicionamiento!

Una clara muestra es la de todos esos edificios ya mencionados, desde la fábrica Ghirardelli hasta la Grande Halle de Tony Garnier, en los cuales resulta evidente que la forma era la que había determinado la nueva función. Ahora bien, el mismo proceso, lejos de limitarse a un edificio, puede abarcar formas urbanas a veces muy amplias. En 1990, cuando la municipalidad de Santa Rosalía, pequeña ciudad minera de la península desértica de Baja California (México), solicitó restaurar la iglesia de Santa Bárbara y su entorno —lejos de constituir sólo un acto aislado de preservación del patrimonio— de lo que se trataba en realidad era de un elemento de una estrategia global de recomposición económica. Después de casi un siglo de explotación, la mina gracias a la cual se había construido había cerrado sus puertas,²¹ pero se dieron cuenta de que la originalidad de un paisaje urbano compuesto por grandes construcciones de madera que alojaban a la dirección y los servicios de la empresa (las de las familias de los ingenieros resultan particularmente espectaculares) y por una iglesia de hierro atribuida a Gustavo Eiffel, podían constituir un incentivo y una ventaja para la reconversión económica, pues Santa Rosalía era la única ciudad del centro de la península, cerca de las primeras pinturas rupestres de la Sierra de San Francisco y de la laguna Scammon, donde las ballenas grises llegan cada invierno a parir a sus ballenatos, lo cual atrae a muchos turistas que arriban a La Paz por autopista o por vía aérea (muchos hoteles tienen su propia pista de aterrizaje marítima o terrestre). Desde luego que se trata sólo de un ejemplo, entre tantos

²⁰ F. Tomas, “Las estrategias socioespaciales en los barrios céntricos de México: los decretos de expropiación de octubre de 1985”, en *Trace*, núm. 11, México, 1987.

²¹ J. M. Romero, *El Boleo: un pueblo que se negó a morir*, Hermosillo, U. de Sonora/CEMCA, 1991.

otros, de esas ciudades que encuentran en el patrimonio arquitectónico heredado de su historia no únicamente la expresión de su identidad comunitaria sino una fuente de cambio; pero su carácter menor y su banalidad mismos nos permiten comprender mejor a los actores urbanos que, hoy, buscan de manera explícita sacar partido de formas que han perdido sus funciones originales.

Si las formas urbanas producidas tienen destinos inimaginables en el momento de su creación, también están muy lejos de seguir siempre el ritmo de las demás actividades sociales, políticas o incluso económicas. En realidad hay una periodización propia de las estrategias de los actores sociales y de la producción de las formas urbanas.

En lo referente a las ciudades francesas fue, por ejemplo, la promoción que hizo el gobierno a partir de 1951 de los primeros grandes conjuntos habitacionales, en el marco de la mencionada política del sector industrializado, que dio inicio a la transformación del paisaje urbano. En este sentido puede decirse que, en la historia de la producción de las formas urbanas, el principio de los años cincuenta constituye un punto de ruptura mayor que el de 1929 o 1939. También en México, las grandes unidades habitacionales de Mario Pani contribuyeron fuertemente a partir de 1949 a la transformación del paisaje urbano cuando la revolución de 1910 inicialmente no modificó nada en los tipos de casas construidas y en sus estilos arquitectónicos.

7. Lo anteriormente expuesto ya ha mostrado que resultaba excepcional que actores urbanos intervinieran solos; sin embargo, pese a que fueron muy estudiadas las situaciones de conflicto, de contradicción de intereses, el problema de las alianzas, de las convergencias, tanto como el de los trastornos de estrategias, en cambio, no han interesado mucho a los investigadores.

A veces ocurre, pero no parece ser el caso más frecuente, que la alianza sea explícita, como ya lo he señalado respecto de los barrios de la Guerrero y de Tepito donde, hace quince años, unas asociaciones de habitantes, artistas, universitarios y partidos políticos de izquierda elaboraron y adoptaron una estrategia de resistencia para evitar la expulsión y la destrucción de las vecindades. A otra escala y en otro contexto es también el caso de Singapur, donde las fuerzas políticas y económicas dominantes se unieron hasta el punto de confundirse para que el acondicionamiento del espacio disponible asegurara lo más racionalmente posible la prosperidad de un sistema que asimilara el interés de la comunidad al de las empresas.

En el caso de la rehabilitación de los barrios antiguos iniciada en Francia a partir de 1977, se trata más bien de un fenómeno general de convergencia, como lo mostró desde 1980 François Aballea.²² Para algunos, en efecto, se trataba de preservar un patrimonio histórico que no se limitaba a las escasas decenas de Sectores Protegidos creados en cumplimiento de la ley Malraux de 1962. Para otros, había que preservar una calidad de vida, una convivencia que sólo el barrio

²² F. Aballea, "De quelques interprétations de la politique des centres anciens", en *Quartiers anciens, politiques nouvelles. Architecture et Construction*, tomo I, París, 1980, pp. 38-46.

antiguo podía seguir ofreciendo; a veces a esta convicción, calificada por otros de “mítica”, se añadía la voluntad de combatir la marginalización espacial de los grupos sociales más débiles. De un orden totalmente diferente era la motivación de los que veían en esta política el medio de satisfacer los intereses de pequeños y medianos propietarios inmobiliarios; sin olvidar el caso de los que veían en ella la única posibilidad de adaptarse momentáneamente a una coyuntura desfavorable y a la voluntad manifestada por el Estado (ley Barrot de 1977) de librarse del compromiso de la vivienda social.

No obstante, como en los casos precedentes, se trata de una de esas situaciones inestables, en constante evolución, siempre susceptible de provocar abandonos, hasta cambios radicales de estrategia y de alianza.

Cuando en 1979 las primeras elecciones municipales libres dan la dirección de Barcelona a los socialistas, es para aplicar, en colaboración con los comunistas y las asociaciones de residentes, una política llamada “de los cien proyectos” para “reconstruir la ciudad a partir de los huecos”, según la feliz fórmula del Oriol Bohigas. En este sentido, la ciudad no hacía más que unirse al movimiento iniciado más de una década atrás en Italia y ampliamente desarrollado después en Francia, pero con tal dinamismo, tal movilización de los arquitectos y las asociaciones, tal calidad de las obras (sin olvidar el esfuerzo de mediatización) que se ha vuelto a su vez una referencia para todos los que se comprometían en el proyecto urbano como alternativa a un urbanismo funcionalista devaluado. Sin embargo, esta nueva política pronto produjo reparos en el seno mismo del partido socialista en la medida en que se reprochaba a unos proyectos, concebidos a escala del espacio vivido por los habitantes, no estar a la medida de las ambiciones de hacer entrar a la ciudad en el selecto club de las grandes urbes internacionales. De manera significativa, el urbanismo pasó del prestigioso Oriol Bohigas a un urbanista famoso, Joan Busquet, antes de ser dirigido por un jurista sin notoriedad cuando todos los esfuerzos tendían hacia un proyecto desde entonces global: el de la Ciudad Mundial que iba a ser sede de los Juegos Olímpicos. Mientras que los habitantes del barrio Rabal, en el norte del barrio chino, tenían la impresión de ser abandonados por los poderes públicos y no les quedaba más remedio que negociar un *modus vivendi* con los revendedores de droga, las condiciones bajo las cuales se lanzaba la espectacular operación de apertura del Ensanche, es decir de la ciudad sobre el mar (Villa Olímpica), revelaba por lo menos un nuevo encuentro entre el poder político, la administración y las empresas constructoras. La brutalidad del cambio fue tal que justifica la rudeza de los análisis del gran escritor Manuel Vázquez Montalbán,²³ quien es también un periodista comprometido con su época; más aún porque debería de haber más complementariedad que contradicción entre una ambición a escala de una ciudad entera y los proyectos urbanos elaborados y realizados a escala del barrio en concertación con los habitantes.

²³ Particularmente en sus artículos publicados en *El País*.

III. CONCLUSIÓN

El hecho de que la geografía sea el estudio de las relaciones entre el hombre social y el espacio en el cual vive se debe, muy a menudo, al espacio y a la estructuración con que esta combinación fue abordada; excepto, por supuesto, para los defensores de una geografía social que dan prioridad a la acción de los hombres.

En este sentido pero sin perder nunca de vista las formas e interacciones que resultan de la relación entre el hombre y el espacio, el concepto de estrategia socioespacial me parece pertinente sobre todo porque vivimos un momento de crisis de los grandes paradigmas, y el riesgo mayor ya no es el del análisis parcial y dogmático —el único punto de vista de los que creen detentar la verdad— sino de un empirismo generalizado.

Las estrategias socioespaciales producen, como me he esforzado en mostrarlo, formas espaciales simples o complejas, estables o en movimiento; pero también pueden interferir entre ellas, yuxtaponer sus efectos de manera incoherente, paralizarse, hasta desestructurar o destruir las formas heredadas. El espacio no se presenta nunca como una página en blanco, un dato neutral. A todas escalas, funciona siempre en interacción constante con uno o varios grupos sociales.

Este tipo de reflexión fue renovado recientemente por dos geógrafos franceses que nos propusieron los conceptos más rigurosos, pero muy cercanos uno del otro: los conceptos de “clase socioespacial” y de “formación socioespacial”. Aunque coincido plenamente con sus propuestas (que me parecen volver a dar a los geógrafos su lugar original que hubiera debido corresponderles siempre en el seno de las ciencias sociales), he de deplorar que esos conceptos sólo incluyen formas espaciales acabadas, coherentes, por lo menos para un período más o menos largo. Por otra parte, como lo precisa Guy de Méo, las formaciones socioespaciales “no estructuran la totalidad del espacio y no constituyen una cobertura geográfica continua y jerarquizada”; lo que le permite recordarnos la fuerte pero peligrosa fórmula de C. Lévi-Strauss según la cual: “en esta gran sopa empírica” que es el mundo, “lo que priva es el desorden”, simplemente con islotes de organización “por acá y por allá”.

Ahora bien, si el hecho de recurrir a las estrategias socioespaciales nos permite poner en evidencia el surgimiento, la existencia o la decadencia... de muchas combinaciones que aquí se denominarán “socioespaciales”, allá “formaciones socioespaciales”, en otra parte “sistemas socioespaciales”, hasta “región”, “ciudad”, “barrio”, “colonia proletaria”, etcétera, nos permite también —de manera igualmente pertinente— dar cuenta de espacios cuya apariencia de desorden resulta de la yuxtaposición o superposición de intervenciones no coordinadas o contradictorias de actores sociales diferentes.

Por último, un estudio realizado a partir del concepto de estrategia socioespacial me parece interesante porque su uso explícito en las investigaciones sobre la gestación y evolución de las ciudades nos permite dar cuenta de si el

conjunto de las distribuciones espaciales produjeron combinaciones y formas identificables o no.